

A. Lange.

HISTORIA  
DEL  
MATERIALISMO

TRADUCCIÓN DE  
D. VICENTE COLORADO



TOMO PRIMERO

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

37072

DANIEL JORRO, EDITOR  
Paz, 23.—MADRID  
1908

55256

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

A. LANGE  
—  
HISTORIA  
DEL  
MATERIALISMO

1

B825

L3

V.1

C.1

37072



1080089902

309

L274h

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

37072

NO. CLAS.

146.309

L274h

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

37072

"ALFONSO REYES"

146.309

L274h

Lange, Frederick Albert, 1828-1875

Historia del materialismo.

ES PROPIEDAD



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## ADVERTENCIA DE MR. POMMEROL

La HISTORIA DEL MATERIALISMO es la obra de un espíritu eminente, preparado á maravilla por profundos estudios para unir en una vasta síntesis cuantos materiales han suministrado hasta aquí la filosofía y la ciencia.

Impulsado al idealismo, al misticismo casi, por las íntimas aspiraciones de su generosa naturaleza, á la vez que atraído hacia el mecanicismo por un hondo sentimiento de las necesidades de la ciencia (1), Lange se ha propuesto conciliar estas dos tendencias del pensamiento humano que, como encarnizados enemigos, viven en eterna lucha.

Lange acepta la religión y la metafísica en el mismo concepto y bajo el mismo título que acepta el arte y la poesía, esto es, como productos necesarios de la organización humana, desprovistos de toda realidad objetiva, pero acaso más próximos que el mecanicismo de la verdad incógnita, fin constante de nuestras investigaciones.


La HISTORIA DEL MATERIALISMO consta de dos tomos: el primero, propiamente hablando, no es más que una introducción histórica en la cual se ponen en relieve las varias transformaciones de la concepción mecánica del universo, desde la antigüedad griega hasta el siglo XVIII. Gracias á esta exposición, los lectores se hallan preparados para comprender fácilmente las cuestiones de que trata el segundo volumen, que es el más importante de la obra, donde el autor somete á la crítica filosófica las principales teorías de la ciencia contemporánea: el origen de nuestro planeta, el de la vida sobre

(1) A propósito del mecanicismo creemos oportuno recordar, con la *Revue de philosophie positive*, lo que dijo el ilustre Lavoisier: «Algún día se llegará á evaluar lo que hay de mecánico en el trabajo del filósofo que reflexiona, del literato que escribe y del músico que compone.»

la tierra, el del hombre, el origen y fundamento de nuestros conocimientos, el porvenir de la religión y los peligros que á nuestra civilización amenazan.

No son menos interesantes los últimos capítulos, en los cuales se aborda la cuestión social. Lange habla siempre de los que sufren con una emoción comunicativa, ya se trate de los esclavos de la antigüedad, de los siervos de la Edad Media ó de los proletarios de los tiempos modernos. Según la expresión del Dr. Nissen, en el *Elogio fúnebre de Lange*, «su corazón palpita ante el solo pensamiento de la miseria de las masas» y, en nombre de la justicia, pide para los trabajadores, con toda la energía de su alma, que se les dé más instrucción y más parte en los goces de la vida. Pero no se contenta con escribir en favor de los oprimidos, sino que apoya sus doctrinas con el ejemplo y funda las sociedades cooperativas, da conferencias á los obreros y organiza, en fin, la agitación entre ellos hasta el punto de tener serios disgustos con la policía de su país.

B. Pommerol.



## INTRODUCCIÓN DE MR. NOLEN

---

La historia de la filosofía no ofrece drama alguno más atractivo ni de mayor interés que la lucha incesante, el duelo á muerte, entre el materialismo y el idealismo con su perdurable alternativa de éxitos y descalabros y la impotencia de uno y otro adversario para alcanzar la victoria. Jamás esos combates, ni su varia fortuna, fueron tan encarnizados y ruidosos como en nuestro tiempo; si en el primer tercio del siglo XIX, casi resonaban exclusivamente los cantos de triunfo del idealismo, el segundo lo llena todo entero, en cierto modo, la voz gigante y cada vez más imperiosa de los materialistas.

Los enemigos de esta filosofía baten palmas en tales conflictos, sin cesar renovados; no advierten, en su entusiasmo, que la hidra del materialismo, como ellos la llaman, reemplaza en seguida con una nueva cabeza aquélla que su eterno rival ha aplastado victorioso antes de tiempo; olvidan que otro tanto puede decirse del idealismo, y que, como por una ley necesaria, los dos adversarios, lejos de debilitarse por los golpes que mutuamente reciben, parece que sacan de estos choques más grandes energías. La misma distancia que hay entre el idealismo crítico de los sucesores de Kant y el idealismo dogmático de los siglos anteriores, entre la metafísica de Hegel y la de Leibniz, existe, á su vez, por ejemplo, entre el materialismo de Gassendi y el de Dühring. Sea lo que quiera, es lo cierto que hacia el año de 1860 las enseñanzas de Büchner, Moleschott y Vogt redujeron al silencio á los representantes del idealismo. Por un capricho extraño de la fortuna, no salieron de Francia ni de Inglaterra los corifeos del nuevo materialismo, sino de Alemania, de la patria tradicional de los idealistas; tentaciones daban de desesperar de una causa que sus mismos defensores abandonaron. Entonces fué cuando apareció la HISTORIA DEL MATERIALISMO de Lange. El autor trató, sin duda, de explicar la fortuna persistente

de este sistema por la verdad relativa que contiene, y demostrarlo así por la historia y por la crítica; como pretendió también asentar que la conclusión más lógica y más perfecta que del materialismo se deduce, es á la vez su refutación más invencible, y que, dicha doctrina, está condenada fatalmente á sepultarse siempre en sus mismos triunfos.

No se preocupa menos de dar á la ciencia y á la filosofía la parte que á cada una la corresponde, reconciliando á estas dos hermanas enemigas cuyo antagonismo, ignorado en la antigüedad, se ha convertido en una perturbación y constituye hoy un peligro para todas las inteligencias. Ni la escuela de Platón, ni la de Aristóteles, ni la de Descartes, han conocido este divorcio; pero á medida que la ciencia y la especulación filosófica se han perfeccionado, la diferencia de sus métodos y de sus principios se marcan más profundamente y su conciliación es más difícil; en la antigüedad, y aun entre los cartesianos mismos, la filosofía trata casi siempre á la ciencia como súbdita más bien que como aliada; sin embargo, se acercaba el tiempo en que esta última había de sentirse hastante fuerte para emanciparse de esa tutela. Por una reacción natural, á la dependencia resignada sucedió entonces el antagonismo impaciente, á la sumisión de antaño las pretensiones de ahora; después de haber combatido por su libertad, la ciencia no titubeó, engreída con sus triunfos, en luchar por la dominación; era preciso moderarla, decidirla á aceptar la alianza en el momento mismo en que, ensoberbecida, aspiraba á ser soberana y dueña de la filosofía; tal es la empresa que acometió Lange. Para lograrlo se necesitaban diversas y excepcionales cualidades.

Lange mismo las enumera en el retrato que traza de la verdadera filosofía: el pensador ideal «ha de reunir á una gran cultura lógica» (preparada por un estudio serio y sostenido de las reglas de la lógica formal y de los principios de todas las ciencias modernas, á la vez que por el uso constante del cálculo de las probabilidades y de la teoría de la inducción), el conocimiento profundo de las «diversas ciencias positivas, no menos que el de la historia de la filosofía.» La erudición sólida y de primera mano que acusan todas y cada una de las páginas del primer volumen, el vasto conocimiento de todos los trabajos de la ciencia moderna cuya incomparable riqueza contiene el segundo, las penetrantes críticas del lógico entremezcladas en todo el curso de la obra con la ex-

posición histórica de los sistemas, y, por último, la *Lógica* póstuma de Lange, prueban que el filósofo llenaba completamente en su personalidad las condiciones enunciadas. Estas, sin embargo, no son más que las reglas que deben presidir á las especulaciones del filósofo; pero un espíritu filosófico no se obtiene sólo con esto, se necesitan dotes naturales que la educación puede desenvolver, pero no suplir. Las generosas disposiciones en que Platón sobresa- le al pintarnos el retrato del filósofo en el *Fedro* y en el libro VII de *La República*, la necesidad innata de la unidad de la forma, el disgusto de la realidad sensible que impulsa al alma á remontar el vuelo en alas de la imaginación á las regiones del ideal, la independencia y arrogancias naturales que no se resignan á ver en la realidad física más que el instrumento fatal y siempre imperfecto del destino moral del hombre, todos estos rasgos del filósofo los resume Lange en la siguiente fórmula, tan expresiva en su concisión: la aptitud para *la libre síntesis*.

Es preciso tener alma para tener gusto, exclama Vauvenargues; en un sentido análogo; Lange hubiera podido también decir: hace falta tener alma para ser filósofo. Y la vida del autor de la HISTORIA DEL MATERIALISMO, tal como la describe su amigo Cohen, con una admiración comunicativa y una piadosa solicitud así como la lectura de su obra maestra, atestiguan de sobra que se trata de un espíritu semejante, aunque en grado lejano, al de Fichte, cuyo pensamiento está siempre la unísono con el carácter, que no considera la filosofía como la satisfacción de una mera curiosidad, sino como la práctica de un deber social y casi como quien ejerce una misión religiosa; pudiéndosele aplicar esta hermosa frase de Fichte: «Cada uno sigue su propio carácter en la elección que hace de su filosofía.» Un sistema filosófico no es una cosa sin vida que se toma y se deja á capricho, sino que está como animado por el alma del hombre que lo adopta. Un carácter indolente por naturaleza, servil por educación ó al que el lujo y la vanidad han corrompido ó afeminado, no se elevará jamás á idealismo alguno.

La educación, no menos que la naturaleza, había preparado á Lange para producir su obra. Sabía ciencias bastantes para apreciar la necesidad de su método y comprobar el valor de sus resultados, era excelente lógico para discernir la hipótesis de la certidumbre y medir su extensión y señalar sus límites, la historia le había mostrado la lenta y laboriosa evolución, los tanteamientos incesantes

del espíritu científico y del espíritu filosófico para que se hiciese ilusión alguna acerca del dogmatismo inmutable y de las pretensiones de infalibilidad de los teóricos; por otra parte, el culto del ideal y la necesidad de la unidad y de la armonía dominaban demasiado en su alma para que se contentase solo, como los sabios de oficio, con las enseñanzas de la experiencia y no dirigiera su mirada más allá de lo que se percibe por medio de los instrumentos de observación ó de lo que arrojan los cálculos. La historia que escribe bajo el influjo de tales impresiones no se parece á otra alguna, no se recomienda ni por su exuberancia ni por la novedad de sus informaciones. Lange no vacila en reconocer lo mucho que debe al excelente trabajo de Zeller acerca de la filosofía griega y á la historia tan completa de la lógica de Prantl, sin hablar de numerosas monografías que ha puesto á contribución, y las cuales cita con reconocimiento. Ni de Demócrito, ni de Epicuro, ni de Lucrecio, ni de los materialistas de la Edad Media, aporta textos ó documentos hasta aquí desconocidos; sin embargo, no desconocemos que en ciertos puntos de detalle, especialmente en lo que se relaciona con el materialismo de los siglos xvii y xviii, la paciente y sagaz investigación del autor ha enriquecido la historia con algunos datos propios. Los hombres curiosos y eruditos sabrán discernir y apreciar perfectamente el valor de tales descubrimientos. Pero su verdadera originalidad no es ésta; hay que buscarla en la discusión filosófica y en la exposición de las doctrinas; porque su libro es, ante todo, un trabajo de doctrina y de crítica.

El segundo volumen no parece, tanto como el primero, la historia de una escuela filosófica; podría llevar, más bien, el título de historia de las teorías científicas del siglo xix que el de historia del materialismo; pero si se tiene en cuenta que la causa del materialismo está íntimamente asociada á la ciencia, y que el mecanicismo es el fondo sólido y perdurable de ambos, nadie se sorprenderá de que los progresos de la una sirvan para medir los progresos del otro. En resumen: tanto el primero como el segundo volumen acusan, así por la novedad de la forma como por su composición, el mismo original propósito perseguido por el autor, que es: esclarecer el sentido, valor y papel del mecanicismo científico, y poner al desnudo sus debilidades por medio de la historia de los esfuerzos que le han conducido paso á paso á su estado actual, las adhesiones y resistencias que ha encontrado y los testimonios que han acusa-

do, alternativamente, su fecundidad ó su impotencia. Nos serviremos de las indicaciones que Lange mismo hace en su obra para reconstruir su doctrina de la conciliación de la ciencia con la filosofía, que es su principal objeto. ¿Qué idea tiene de una y otra? ¿qué límites las señala? ¿cómo consigue acallar sus pretensiones rivales? ¿no hace pesar, sin saberlo, sobre uno de los dos adversarios las condiciones del tratado de paz que ha establecido entre ellos? Tales son las cuestiones que vamos á estudiar.

¿Qué es la ciencia para Lange? Una explicación racional, es decir, hecha por la generalidad de las inteligencias, del mundo subjetivo, de nuestras sensaciones individuales. Para que esta explicación tenga el carácter de universalidad es preciso que sea comprobable é independiente de la arbitrariedad del sujeto que conoce, hay que descartar de ella rigurosamente todo lo que escapa al examen, y no sólo se habrán de excluir de ella la imaginación, los prejuicios y las pasiones, sino que también han de desecharse sin piedad todas esas impresiones que varían con la diversidad de las organizaciones sensibles y todas las certidumbres que la conciencia concibe, pero de las cuales no puede suministrar prueba alguna. Todavía esto no es bastante: la ciencia no es menos apta para producir que para conocer; aspira al conocimiento teniendo en cuenta la acción; «la ciencia es conquistadora», según la frase de Claudio Bernard; los hechos que no sirven para la actividad del sabio, no son del dominio de la investigación científica; el mundo que la ciencia ambiciona descubrir, ó más bien construir, es el mundo de la realidad y de la acción para todos. Los hechos ó las realidades que no son susceptibles de comprobación por el cálculo ni de ser modificados por los instrumentos, no tienen nada que ver con la ciencia propiamente dicha, lo cual no significa que escapen á todo conocimiento, ni que al lado de la certidumbre científica no exista otra en que puedan ser comprendidos aunque no se acomode á los nombres que están reservados al conocimiento científico.

Pero ¿dónde encontrar esos hechos y esas cualidades de los seres que tengan el triple carácter de ser los más universales, los más rigurosamente comprobables y los más directa y fácilmente modificables? Serán, sin duda, los más simples y los más constantes de los elementos de la realidad y, en este concepto, sólo las propiedades de la extensión y el movimiento responden á las condiciones



enumeradas. Un cuerpo deja de ser coloreado, sávido, sonoro, oliente, cálido ó frío, duro ó blando para el hombre ciego, sordo ó que tiene otro cualquier defecto orgánico, pero jamás este hombre pierde el sentido de la extensión y el movimiento, porque al tocar el objeto juzga de estas cualidades cuya desaparición completa sería la cesación misma de la conciencia y de la vida. Este sentido por excelencia, es, como e llamaba Aristóteles, el sentido universal, y las cualidades que percibe merecen, en verdad, el nombre de cualidades primeras que les dió Descartes. En resumen: la ciencia de los seres no satisface las condiciones impuestas por nuestra definición mientras no contenga las propiedades mecánicas de la realidad. Para medir el movimiento es menester que cambie de dirección, pero no de cualidad; porque si cambiase en todo, nada podría medirse faltando todo elemento de unidad y orden. Nos es forzoso admitir un principio indestructible é inmutable en el espacio que ocupa el movimiento, y este principio es la materia. Como la dirección general del movimiento nos parece reductible á las dos formas esenciales de atracción y repulsión, nos imaginamos en todas partes, yuxtapuestos en el espacio, centros de fuerzas indestructibles, y, para representárnoslas, átomos, esto es, lo sólido y lo vacío; los movimientos de la materia así concebida estarán á su vez regidos por la ley de causalidad, es decir, que se producirán según reglas inmutables, destinadas únicamente á mantener la unidad esencial del movimiento bajo la multiplicidad ambiente de sus direcciones. Para el sabio todo se refiere, pues, al movimiento; el mundo de los hechos no es para él, según la frase de Descartes, más que un inmenso mecanismo y la ciencia una matemática universal; la materia no es tampoco otra cosa más que la cantidad constante del movimiento, y el determinismo mecánico ó ley de la causalidad sólo expresa la regularidad de sus modificaciones. La ciencia conoce únicamente el movimiento y la materia, porque éstos son los únicos objetos comprobables y modificables dondequiera; cada uno de nosotros tiene la noción del movimiento y puede medirle y producirle por sí mismo. He aquí á grandes rasgos lo que la ciencia es y quiere.

El sabio debe inhibirse de la investigación de las causas finales: «todo pasa en el mundo de los cuerpos como si el espíritu no existiese», repitieron á porfía Descartes y Leibnitz; en el mundo que el sabio estudia, todo ocurre como si no hubiese pensamiento ni con-

ciencia algunos en la realidad; estos últimos son una cosa final, es decir un designio inteligente; un pensamiento, constante ó no, claro ú obscuro, no ofrece formas de movimiento, no constituye parte de la realidad material, que es la única que los instrumentos y cálculos de la ciencia pueden apreciar. La principal censura que Lange dirige á Demócrito es el que éste no haya desechado con bastante rigor la teleología: «De los grandes principios que sirven de base al materialismo de nuestra época, sólo uno falta á Demócrito: la supresión de toda teleología; porque mediante un principio exclusivamente físico deduce la finalidad de su contrario; semejante principio debe admitirse todas cuantas veces se quiera establecer con seriedad una sola especie de causalidad: la del choque mecánico de los átomos.» Empédocles tiene el insigne mérito de haberlo intentado el primero en la antigüedad; él admite «el nacimiento puramente mecánico de los organismos apropiados á su fin por el juego repetido hasta lo infinito de la procreación y de la destrucción, y de cuyo juego no persiste en definitiva más que lo que tiene un carácter de estabilidad en su constitución relativamente accidental»; así es, por lo menos, cómo Epicuro y Lucrecio, según él, han comprendido la teoría de Empédocles, fundiéndola con el atomismo de Demócrito y con su propia doctrina sobre la realización de todas las posibilidades.

Lange juzga severamente la tentativa de los espiritualistas de la escuela de Sócrates, la cual opone al materialismo como una filosofía reaccionaria: «el materialismo deducía los fenómenos de leyes en absoluto invariables, y la escuela socrática las opone una reacción antropomórfica.» La finalidad existe, sin duda, en la naturaleza, pero á título de efecto y no de causa; no hay analogía alguna, como nos imaginamos con frecuencia, entre el arte humano y la actividad de la naturaleza; «los principales medios que emplea la naturaleza son tales que sólo pueden compararse al azar más ciego; la muerte de los gérmenes de vida y la destrucción de lo que apenas ha comenzado es la regla, y el desenvolvimiento conforme á la naturaleza de las cosas la excepción». No se diga que esto es remplazar el milagro de una causalidad verdadera é inteligente por la mera posibilidad de los acasos dichosos; no hay acaso, propiamente hablando, puesto que todo ocurre según las leyes de la necesidad mecánica; lo posible y lo accidental no existen más que con relación á nuestro entendimiento; los casos dichosos, de los